



Los enemigos invisibles

RODRIGO FIERRO BENÍTEZ

Rodrigo Fierro Benítez, Premio Nacional Eugenio Espejo en Ciencias, profesor emérito de la UASB-E, revela el alcance que tuvieron otras epidemias traídas durante la conquista española y que marcaron la evolución de la historia andina. Fue el Dr. Eugenio Espejo quien introduciría, de manera visionaria, las primeras medidas higiénicas para contrarrestar los contagios. Lo que no se pudo detener fue otra invasión, paralela, que causó perplejidad en los pueblos originarios: la escritura alfabética.



Mestizo como soy, el Imperio de los Incas es un referente de mi identidad, siendo cierto también que me he esmerado en utilizar con propiedad la escritura alfabética, lo más valioso de la herencia hispánica.

¡El Imperio de los Incas! Un portento de adaptación del ser humano a un hábitat bravo y difícil. Una de las diez civilizaciones que recuerda la memoria histórica. El pueblo que más contribuyó a la alimentación con el maíz, la papa y la quinua. El que contó con excedentes agrícolas. El que domesticó a las llamas, las alpacas y las vicuñas. El de los conocimientos avanzados en hidráulica y astronomía. El que unificó ese inmenso espacio que va desde Pasto, en Colombia, hasta el norte de Chile y el nordeste de Argentina.

Que «un puñado de españoles» hubiera conquistado el Imperio altoandino me sacaba de quicio. Es lo que nos enseñaban en las escuelas de mi tiempo. De ahí me vino el empeño por descifrar tal enigma. Sí, a los españoles que intervinieron en la Conquista les sobró valentía y audacia. En la corta etapa bélica, los defensores del Imperio se enfrentaron a los españoles con coraje y denuedo. Sí, los españoles llegaron en momentos en que se había desatado una guerra civil entre los seguidores de Huáscar y Atahualpa. No obstante, a mi juicio aquel enigma se mantenía en pie, inexplicable.

Fueron enemigos invisibles e invencibles, virus y microbios, los que se impusieron. El golpe de gracia, la escritura alfabética.

VIRUS Y MICROBIOS

Es en el campo de la inmunología en el que el conquistador hispánico, sin lugar a dudas bien plantado y sin temor a Dios ni al diablo, es superior al aborígen en toda la línea. Su organismo ya había creado defensas para las enfermedades que con él llegan al continente: catarro, gripe, sarampión, escarlatina, viruela y peste bubónica. Estas nuevas patologías configuran la imagen de un auténtico jinete de apocalípticos efectos. Pueblos enteros desaparecen de la faz de la Tierra por obra de enemigos invisibles:

“

Las grandes pestes de viruela y bubónica, especialmente, no solo diezman las poblaciones, y por esta vía las debilitan en grados extremos, como aconteció con las antillanas, sino que además se transforman en etiologías que afectan el alma y el ánimo de los nativos.

”

virus y microbios. Las víctimas no les ofrecen la menor resistencia. Lo que produce la presencia española no es precisamente un genocidio —no existe la voluntad que define al término—, aunque los resultados sean iguales.

Las grandes pestes de viruela y bubónica, especialmente, no solo diezman las poblaciones, y por esta vía las debilitan en grados extremos, como aconteció con las antillanas, sino que además se transforman en etiologías que afectan el alma y el ánimo de los nativos. Estos son pueblos en los que la enfermedad es el resultado de pecados y faltas cometidos colectiva o individualmente. Quienes ejercen la medicina son intermediarios entre la persona y los dioses y los demonios; son los encargados de extraer del cuerpo los elementos patógenos que han ingresado en respuesta y como castigo de faltas y pecados. El arsenal terapéutico, por lo general a base de maravillosas plantas medicinales, usualmente obra portentos. El tratamiento viene con secuencia lógica: primero la confesión de los pecados; la razón, pues, para el enojo de los dioses o la malquerencia de los espíritus malignos.

Ante las nuevas enfermedades que vienen porque sí, con rapidez y violencia extremas, y afectan a quienes tienen la conciencia tranquila, queda hecha pedazos toda una metafísica relacionada con la salud y la enfermedad. Los pueblos americanos son vencidos por ciegos enemigos invisibles e invencibles. Ante ellos, los dioses tutelares y los médicos prestigiosos

han demostrado ser menos que nada. Psicológicamente, el trauma es muy grande y un sentimiento de desolación cósmica y telúrica lleva a los pueblos aborígenes a una neurosis de angustia, caracterizada por depresión y apatía. No se puede luchar contra un destino ciego y adverso, contra quienes cuentan con aliados invisibles y crueles. Quienes sobreviven a la viruela presentan secuelas monstruosas en la cara: marcas que reflejan lo que también acontecía con las almas de las víctimas. Los pequeños grupos de españoles que iban incursionando por el continente y se imponían contaban con aliados poderosos.

Son factores sobrenaturales los que explican la conclusión temprana de la etapa bélica de la Conquista. Neuróticos, ciclotímicos, con prolongadas depresiones y raptos de furor extremo —auténticas fugas al desconcierto—, los pueblos aborígenes no hallan otro recurso que la resistencia pasiva, la única vía de supervivencia.

Según el ilustre Dr. Eugenio Espejo: «Los indios lo que tienen es timidez, pusilanimidad, apocamiento, consecuencias ordinarias de las naciones conquistadas»; «La imbecilidad de los indios no es imbecilidad de razón, de juicio ni entendimiento, es imbecilidad política, nacida de su abatimiento y pobreza»; «Estado miserable de los indios».

Los virus dejan secuelas a su paso: *lluros* con caras monstruosas, malformados, ciegos, son frecuentes en los campos serranos. El sistema colonial español se suma con crueldad. La pobreza del común y la severa malnutrición explican la «imbecilidad política» de los indígenas. «Los indios se van extenuando», opinión del padre Bernardo Recio, HJ. Los testimonios no admiten dudas. Según Jorge Juan y Antonio de Ulloa, los jóvenes marinos españoles que se sumaron a la Misión Geodésica Francesa dirigida por La Condamine (siglo XVIII), que viajaron por toda la Real Audiencia de Quito y que no dudaron en calificar de peor que la esclavitud la situación de los indígenas, sorprendiéndose del gran número de contrahechos, ciegos y deformes que había entre ellos. Algo más de cien años más tarde, mediados del siglo XX, a lo señalado se suma mi testimonio: en mi comarca, la del actual cantón Quero, en la provincia de Tungurahua, los casos de *lluros* y ciegos no eran infrecuentes. A estos últimos se los veía tocando el arpa en las fiestas familiares. Es bien sabido, además, que a un presidente de nuestro país, Andrés F. Córdova, lo llamaban el Lluro Córdova, por su cara «picada de viruelas». Había nacido en Cañar, uno de los rincones de nuestra geografía andina. También se conoce que a partir de 1942 se inicia la vacunación de los niños contra las viruelas y otras enfermedades.

“

Neuróticos, ciclotímicos, con prolongadas depresiones y raptos de furor extremo —auténticas fugas al desconcierto—, los pueblos aborígenes no hallan otro recurso que la resistencia pasiva.

”



“

A partir de 1942 se inicia la vacunación de los niños contra las viruelas y otras enfermedades. Es decir, debieron transcurrir 400 años para que los enemigos invisibles fueran vencidos.

”



Es decir, debieron transcurrir 400 años para que los enemigos invisibles fueran vencidos.

En esta larga epopeya científica (creo emplear con propiedad el término *epopeya*), le corresponde al quiteño Dr. Eugenio Espejo el mérito de haberse constituido en pionero de la microbiología y de la salud pública a nivel mundial. Sus *Reflexiones sobre las viruelas* constituyen la primera aportación científica de nosotros, los hispanoamericanos. Las medidas higiénicas que el Dr. Espejo proponía y empleaba para combatir las epidemias producidas por esos enemigos invisibles eran revolucionarias en momentos en que en Europa aún se tenía como cierta la generación espontánea, y hasta la ira de Dios como causa etiológica.

Eugenio Espejo no mantuvo relaciones cordiales con los jesuitas, con la excepción del padre Hospital. Debió ser él quien intercedió para que a su amigo, el Dr. Espejo, el padre Aguirre le permitiera ver seres invisibles en el microscopio que le había llegado de Europa, el de John Cuff, el más adelantado de la época. Espejo, tan dado a dejarse llevar por la fantasía como buen científico que era, elaboró así una de sus más luminosas reflexiones: «Si se pudieran apurar más las observaciones microscópicas, aún más allá de las que adelantaron Malpighi, Réaumur, Bufón y Needham, encontraríamos en la incubación, desarrollo, situación, figura, movimiento y duración de esos corpúsculos móviles, la regla que podría servir a explicar toda la naturaleza, grados y síntomas de todas las fiebres epidémicas, y en particular de la viruela». Es hasta allí donde podía llegar la genialidad del Dr. Espejo (los virus son elementos inframicroscópicos).

En sus reflexiones, ¿hay un método seguro para combatir las viruelas? Espejo se empeñaría en evitar el contacto físico con los apestados y en eliminar los focos de infección que significaban los depósitos de materias orgánicas y

otros desechos, de los que estaba invadida Quito, amén de los insalubres conventillos que había en los bajos de las casas de la ciudad, con seres humanos hacinados y viviendo sin las más elementales condiciones higiénicas.

El connotado historiador español de la Medicina, Agustín Albarracín Teulón, «pone particular atención para configurar el mérito de Eugenio Espejo, en las medidas higiénicas que proponía el sabio quiteño para controlar las epidemias que asolaban la Real Audiencia de Quito».

“
Le corresponde al quiteño Dr. Eugenio Espejo el mérito de haberse constituido en pionero de la microbiología y de la salud pública a nivel mundial.
”

LA ESCRITURA ALFABÉTICA

Entre los elementos de dominación empleados en la Conquista —que produjo estados colectivos de estupor, desconcierto y desmoralización—, se halla la escritura alfabética. Así lo recuerda la memoria ancestral en el drama que sobre la muerte de Atahualpa se representa todos los años en Chayanta, pequeño pueblo de los Andes bolivianos. Nathan Wachtel, en su *Visión de los vencidos*, describe así el acontecimiento:

En la segunda parte del drama, tienen lugar unos encuentros preliminares entre indios y españoles. Una primera entrevista enfrenta a Huaylla Huisa y a Almagro. El sacerdote pregunta a este por qué los hombres rojos y barbudos invaden el país. Almagro a manera de respuesta “mueve solamente los labios”. Finalmente, Almagro entrega al sacerdote una carta para el Inca. Se desarrolla entonces una larga serie de episodios cuyo único tema es la estupefacción y la incompreensión de los indios ante la misteriosa “hoja de maíz”. Esta circula de mano en mano pero nadie puede descifrar su lenguaje mudo.

El carácter sobrenatural de la escritura alfabética debió pesar de manera increíble en la conducta de sometimiento que a poco de la Conquista se hace evidente entre los pueblos

indígenas andinos: «Los indios en aquellos principios, como no sabían qué eran letras, entendían que las cartas que los españoles se escribían unos a otros eran como mensajeros que decían de palabra lo que el español mandaba y eran como espías que también decían lo que veían por el camino», anota Inca Garcilaso de la Vega, cronista e interlocutor de los primeros vencidos.

Todo se ha hecho y todo se ha dicho para sostener que el Imperio de los Incas contaba con una suerte de escritura que iba más allá de los quipus (auxiliados en pictogramas). Al connotado indigenista peruano, el que tanto amó su pasado prehispánico, Carlos Daniel Valcárcel, debió haberle desvelado tal limitación. Con la información que obtuvo de los primeros cronistas mestizos como Garcilaso de la Vega, Blas Valera, Murúa y Vásquez de Espinoza, escribió una obra concluyente: *Historia de la educación incaica*. Cabía la posibilidad de que aquella escritura hipotética fuera de exclusivo conocimiento de la familia imperial. En la Escuela del Cusco, donde se formaban los futuros dirigentes y administradores del Imperio —todos de la nobleza y jóvenes del común de extraordinarias cualidades—, Valcárcel no halló mención alguna a tal escritura. La educación incaica cultivaba el ejercicio de la memoria, que en ocasiones llegaba a ser portentosa. Los *quipucamayocs* y los amautas, los que sabían «leer» los quipus,

“**La escritura alfabética como instrumento de dominación se tradujo, en el vencido, en un rechazo suicida hacia los nuevos conocimientos.**”

eran los sabios del Imperio. Los quipus (y los pictogramas) no eran más que elementos con los que se situaban hechos y protagonismos históricos en el tiempo; eso sí, eran muy útiles en cuanto a administración del Incario. Las cuantías comenzaban desde el cero absoluto, un gran logro de los matemáticos cusqueños, desde luego.

“**El carácter sobrenatural de la escritura alfabética debió pesar de manera increíble en la conducta de sometimiento que a poco de la Conquista se hace evidente entre los pueblos indígenas andinos.**”

La escritura alfabética como instrumento de dominación se tradujo, en el vencido, en un rechazo suicida hacia los nuevos conocimientos. Surge así el mito de la escuela, bien estudiado por el antropólogo peruano Ortiz Rescanieri, y así nos explicamos los singulares acontecimientos ocurridos durante las sublevaciones de Guamote y Columbe, referidos por Moreno Yáñez: «Al maestro de primeras letras Manuel Arosteguí le cortaron el brazo derecho al codo. Tanto en Columbe como en Guamote les cortaron a los maestros el brazo derecho con el que escribían». Debieron transcurrir generaciones para que el indígena serrano rompiera el mito de la escuela, y con verdadera obsesión se pusiera en el plan de aprender a leer y escribir en español, tal como sucede desde mediados del siglo pasado hasta esta parte, asunto que he ponderado como profesor que fui en la Universidad Central del Ecuador durante más de 40 años.

Lo que en la Conquista y en la consolidación del sistema colonial español significó la escritura alfabética, y las consecuencias que tuvo en la evolución biopatológica de los pueblos andinos, consta en la leyenda referida por un anciano indio quichua parlante de Andamarca (Ayacucho, Perú) a Ortiz Rescanieri:

Inka nos dijo “hablen” y aprendimos a hablar. Desde entonces enseñamos a nuestros hijos a hablar. Inka pidió a Mama Pacha que nos diese de comer, y aprendimos a cultivar. Las llamas nos obedecían. Esa fue una época de abundancia. El Inka se casó con Mama Pacha. Tuvo dos hijos. Lindas criaturas. Cuando nacieron mucha pena y cólera le dio



a Jesús Santo. Como ya había crecido Jesús Santo y era joven y fuerte, quiso ganar a su hermano mayor Inka. “¿Cómo le ganaré?”, decía. A la luna le dio pena. “Yo puedo ayudarte», le dijo, y le hizo caer una hoja con escrituras. “¿Qué cosa serán estos dibujos? ¿Qué quiere mi hermanito?”. Se corrió, se fue lejos: “¿Cómo podré hacer prisionero al Inka?, seguro nunca podré”, y se puso a llorar. Al puma le dio lástima. “Yo te voy a ayudar”, y llamó a todos los pumas, grandes y chicos. Los pumas persiguieron al Inka. Así llegaron al desierto de Lima. Cada vez que el Inka quería ir al valle a comer, los pumas lo ahuyentaban. De hambre se fue muriendo.

Nunca antes la memoria colectiva elaboró con tanta precisión y lucidez lo que actualmente es todo un cuerpo de conocimientos científicos que yo he descrito y publicado con el epígrafe «Historia y biopatología andina».

“
Nunca antes la memoria colectiva elaboró con tanta precisión y lucidez lo que actualmente es todo un cuerpo de conocimientos científicos.
”

”

EL OCASO DEL IMPERIO DE LOS INCAS

Como elemento de dominación y de superioridad cultural, la escritura alfabética fue utilizada por los españoles a conciencia y con particular celo. El padre Juan de Velasco refiere lo ocurrido con Jacinto Collahuaso, cacique de la jurisdicción de Otavalo. Había escrito *Las Guerras Civiles del Inca Atahualpa con su hermano Atoco, llamado comúnmente Huáscar Inca*. Desde joven, Collahuaso ya sabía leer y escribir en español. Fue delatado al corregidor, quien dispuso quemar aquella obra y ordenó la prisión del autor «para escarmiento de que los indianos no se atreviesen a escribir y tratar esas materias».

El Dr. Eugenio Espejo, hijo de indígena y mulata, «el ciudadano más culto que había en la Real Audiencia de Quito», el que como autor de libros rompió el mito de la superioridad ibérica, el que luchó contra las viruelas y hoy es considerado como pionero de la microbiología por la comunidad científica mundial, también fue llevado a prisión. Falleció defecando sangre por una disentería feroz. Por disposición de las autoridades españolas, fue enterrado en un erial destinado a cementerio de indígenas, sin identificación, sin una cruz. De lo que se trataba era de lapidar su memoria, la memoria de quien quiso ser libre y fue leal con sus ancestros prehispánicos, con los pobres que se alimentaban con arroz de afrecho de trigo, con aquellos miserables con quienes se ensañaban las viruelas. Fue monseñor Federico González Suárez quien cien años más tarde descubrió la obra y la trascendencia de nuestro colega.

También a finales del siglo XVIII se produjo en el Virreinato de Lima la rebelión de Gabriel Condorcanqui (Túpac Amaru), descendiente de la familia imperial del Incario. Hablaba quechua y español; también lo escribía. Lo rodeaban indígenas, mestizos, al igual que españoles que detestaban las exacciones y arbitrariedades de la metrópoli. El ejército que logró formar Túpac Amaru contaba con culebrinas y lanceros jinetes en *huayrapungos*, caballitos que a paso ligero eran incansables. El confesor de la esposa de Gabriel Condorcanqui denunció la inminencia del estallido. El Inca fue hecho prisionero. Murió descuartizado en la Plaza Mayor de Lima.

Con Eugenio Espejo y Gabriel Condorcanqui concluyó el ocaso del Imperio de los Incas en el siglo XVIII, el de las luces, el de la Ilustración, cuando el conocimiento científico, sustentado en la escritura alfabética, la memoria escrita, se impuso al conocimiento empírico, el del Incario.

“

Eugenio Espejo, hijo de indígena y mulata, «el ciudadano más culto que había en la Real Audiencia de Quito», el que como autor de libros rompió el mito de la superioridad ibérica, el que luchó contra las viruelas y hoy es considerado como pionero de la microbiología por la comunidad científica mundial, también fue llevado a prisión.

”

